



Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XXII

Centro América, Noviembre de 1967.

Número 232

Orientación.

EL CONCEPTO DEL VALOR SEGUN LA CIENCIA ECONOMICA

**Sebastián Mantilla, S. J.
Lic. en Ciencias Económicas.**

I

LA PROBLEMATICA DEL VALOR.

Aunque a algunos pueda sonar a herejía, es cierto que existe una verdadera Filosofía de la Economía o si queremos una Economía Filosófica. Para probarlo no es necesario hacer un gran esfuerzo: basta con aceptar el que la Economía es una Ciencia Social que estudia la actividad del hombre en cuanto ser limitado y libre. Y que es totalmente inadmisible la posición de aquellos, que como Lionel Robbins, pretenden hacer de ella una ciencia de medios y no de fines.

No hemos de olvidar que fueron filósofos los primeros que escribieron sobre estos problemas y que desde Platón y Aristóteles hasta Adam Smith corre una serie ininterrumpida de teorías y hasta de escuelas económicas que viven y proliferan a la sombra del árbol frondoso de la Escolástica primero y del Renacimiento después. Durante algunos años el famoso padre y fundador (así le consideran muchos) de la moderna ciencia económica Adam Smith, fue profesor de Filosofía en Glasgow y junto con su doctrina utilitarista de los "sentimientos morales" y su teología natural, explicaba sus principios económicos que dieron origen a la llamada Escuela Liberal que perdura todavía en nuestros días. Es también significativo en este sentido que a su libro, que muchos consideran como la Biblia de la Economía, lo titulara "Investigación acerca del origen y causa de la riqueza de las naciones", dando a entender con ello que si se basaba en datos de experiencia, no se resignaba a convertir su

ciencia en una mera estadística (error en el que caería la Escuela Historicista) sino que quería dejar libre el vuelo del espíritu para razonar sobre ellos. Es también evidente que la corriente filosófica socialista entraña a través de Marx con el smithianismo que es el que le proporciona en gran parte sus postulados económicos. Y el que haya tenido la paciencia de recorrer las páginas indigestas e interminables de la influyente obra de Marx "El Capital", aun sin llegar hasta el fin habrá podido comprobar que en él danzan apretadamente razonamientos filosóficos y teorías económicas.

Y precisamente es el problema del valor uno de los que más preocupa a todos estos escritores. Aunque no tanto con un fin utilitarista y pragmático como preocupa a los modernos. Los antiguos, más idealistas, se esforzaron sobre todo en llegar a la entraña misma de su ser, y como no les fue fácil dar con ella se dedicaron sobre todo a buscar un módulo, una medida conveniente del valor que les pudiera ayudar a fijarlo por comparación.

En nuestros tiempos este problema no sólo ha abandonado su prosaica formulación en los precios, sino que levantando su vuelo hacia mayores alturas ha saltado del campo económico hacia las cumbres olímpicas de la pura especulación filosófica, creándose con esta ocasión, si no una ciencia nueva, por lo menos un enfoque nuevo: el Axiologismo.

"La meditación filosófica en la Antigüedad y en el Medio Evo giró alrededor de la realidad ontológica", dice la doctora Rosaura García Tuduri¹ y añade: "Al advenir los tiempos modernos la preocupación por el ser cedió en interés ante el problema gnoseológico del conocer, alcanzando al final de esta etapa una superación en la fase axiológica que se caracteriza por la reflexión fundamental sobre los valores".

La importancia de esta nueva orientación de la Filosofía ha sido tan grande que se ha podido asegurar con verdad que hace cuarenta años que constituye el tema preferente de los filósofos alemanes. La razón de este exclusivismo radica en el enfoque valorista que supone una reestructuración de muchos conceptos y ello, siempre atrae, como atrae todo lo nuevo.

Ya con una antelación mayor aún había dicho nuestro Ortega y Gasset en la Revista de Occidente: "Una de las más sugestivas investigaciones que la nueva teoría inspira es la reconstrucción de la historia como proceso de descubrimiento de los valores. Cada raza, cada época parecen haber tenido una peculiar sensibilidad para determinados valores y han padecido en cambio ceguera extraña para otros. Esto invita a fijar el perfil estimativo de los pueblos y de los grandes períodos históricos. Cada uno se distinguiría por un sistema típico de valoraciones, último secreto del carácter, de que los acontecimientos serían una mera emanación y consecuencia".²

Para este filósofo la realidad está dividida en dos mundos totalmente distintos: el de los seres y el de los valores. Los seres son pero no valen; los valores valen pero no son. Y aunque los valores están depositados en los seres, como la perla en su concha o el tesoro en su arca, los valores pueden ser positivos y negativos como la sabiduría y la ignorancia, la virtud y el vicio. No así los seres. Ortega y Gasset absorto en la contemplación de los valores nos dice con lenguaje que sabe a platonismo: "Los valores son absolutos e inmutables, de nadie dependen y permanecen semejantes a sí mismos. Son inespaciales e intemporales". No todos se contemplan, sin embargo, sino que otros son obligatorios. El que no ocupen lugar en el espacio ni en el tiempo no le impide afirmar de ellos que tienen nada menos que tres "dimensiones" calidad, rango y materia.

En cuanto al modo de conocerlos, los valores se aprehenden por medio de la intuición emocional que es una intuición "a priori" y función propia de la estimativa. No se pueden sujetar a razonamientos lógicos porque son "alógicos", o de otro modo son "irracionales".

Hay otro filósofo español, D. Manuel García Morente, que formula una sistematización parecida a la de Ortega. Discípulo suyo, recibió con su veneración hacia el Maestro su avasallador influjo neokantiano. Existe, con todo, una diferencia fundamental entre ambos.

1.—GARCIA TODURI, Rosaura. "Introducción a la Estética", La Habana, Ediciones Insula, 1957, pág. 13.
2.—REVISTA DE OCCIDENTE, "Qué son los valores?" Octubre, 1923, pág. 69.

Un día García Morente percibió con una fuerza incontrastable el choque con un valor supraterreno de cuya realidad no pudo dudar: Dios se apoderó de su alma y como Saulo él también "vio". Convertido llegó, también como Saulo, a las alturas del sacerdocio católico y en su escala estimativa puso como fuente y origen de todos los valores al Valor Infinito, a Dios. No tuvo esa suerte su Maestro.

García Morente reparte sus "categorías ónticas" entre: 1) los objetos reales, 2) los objetos ideales, 3) los valores, 4) la vida.

Para él los objetos reales son "seres" reales, temporales y causales. Los objetos "ideales" son para él los matemáticos como una potencia o una raíz, los geométricos como el punto o la línea. También van en este grupo las relaciones de semejanza o de igualdad y otras que pueden predicarse de los seres. Finalmente de esta segunda categoría de objetos ideales admite que sean seres, seres físicos —dice— pero no reales, pues son intemporales. El valor cae fuera de la categoría del ser: ni es ser ni es real. Distingue entre juicios de existencia y juicios de valor: los primeros forman lo que la cosa "es" o sea enuncian sus perfecciones o propiedades en orden tanto a la esencia como a la existencia de la cosa. En cambio los "juicios de valor" no añaden ni quitan nada al caudal existencial de la cosa, porque el valor es una "cualidad irreal" o sea que carece de "tomo", no es una "cosa".

No es nuestro propósito hacer aquí una crítica de estas teorías. Sólo diremos que es difícil concebir el valor como constituyendo "algo", teniendo una existencia por debilísima que sea y con todo no teniendo "ser". La negación del ser es la "nada" y el valor a juicio de todos los axiólogos es algo más que nada, es por lo menos "algo".

Por otra parte todos estos filósofos producen de ordinario la impresión de un modo de expresarse demasiado fluctuante, que les permite saltar sin mayores escrúpulos de lo abstracto a lo concreto. Es cierto que de una idea abstracta como la de valor se puede afirmar que es absoluta e inmutable —como quiere Ortega y Gasset—, pero lo mismo podríamos decir de la humanidad, la animalidad, etc. Las esencias de las cosas son también inmutables y absolutas, extraespaciales y temporales y por lo tanto poseen las mismas características que estos filósofos señalan a los valores.

La frase famosa de Lotze (repetida luego por todos sus seguidores) de que los valores no son sino que valen, es susceptible de una benigna interpretación en el sentido de que los valores no tienen una existencia separada del ser concreto y real, aunque ellos en sí sean algo y hasta podemos decir que algo "real". Pero si al afirmar que los valores "no tienen ser" entendemos este concepto de "ser" en el sentido del ser trascendente, fuera del cual no admitimos sino la nada absoluta, en tal caso la frase no podría aceptarse.

Es cierto que los valores no añaden nada físico a la esencia del ser, pero sí añaden algo real. El conocimiento del ser, su estima por el sujeto y la tendencia hacia su posesión al menos intelectual, por no hablar de tendencias afectivas que dan origen al valor formal, supone algo en el ser, algo real (aunque no separable o no preciso del ser) que fundamenta esta relación y que se halla efectivamente en el ser, aunque no requiera una existencia aparte.

Lo mismo hemos de decir en cuanto a la clasificación orteguiana de los valores en positivos y negativos. Bastaría con admitir que se dan ciertos valores negativos relativamente a otros de mayor excelencia, pero no absolutamente negativos. Pudiéramos decir que así como los seres se extienden desde la Plenitud del Ser, lo Infinito y Perfectísimo, hasta el ser finito en ínfimo grado, así los valores que emanan de lo más íntimo del ser (o que están depositados en los seres, como la perla en la concha o el tesoro en el arca, comparaciones que por serlo tienen la inexactitud propia de toda comparación) se extienden desde el Valor Absoluto hasta el ínfimo valor relativo de una entidad tan mediocre que realmente pudiera llamarse contra-valor o valor negativo, pero no porque en realidad lo sea.

Otro problema, por demás interesante, es el que plantea el modo cómo llegamos a percibir los valores. Parece cierto, si atendemos a los sicólogos, que nuestros juicios de valor son intelectualmente muy imperfectos y que la manera de establecer nuestras escalas pre-

ferenciales es totalmente superficial y las más de las veces arbitraria, dando mucho más peso en dichos juicios a las cargas afectivas que a los dictámenes de la razón. Estas estimaciones no sólo varían de sujeto a sujeto, sino en el mismo sujeto varían según las circunstancias ambientales y su misma disposición somática.

El P. Alejandro Roldán, S. J., llega a afirmar que "el terreno más propio de la vida valoral es el subconsciente y que aun cuando valoremos reflejamente, ha precedido una serie de apreciaciones subconscientes que son las que prepararon e hicieron posible la valoración racional". Y añade: "Hay un trabajo experimental por hacer que nos descubra las leyes que rigen el subconsciente del valor. Es un hecho cierto que todos nos hemos construido nuestra tabla de valores, precisa y clara, aunque no formulada explícitamente. Parece como si sobre la superficie de cada objeto y persona hubiésemos escrito un número ordinal indicativo de la clasificación valoral que nos merecen".³

Lo que no es posible admitir es que exista una percepción a través del sentimiento sin que llegue de una manera o de otra a la razón, como pretenden algunos axiólogos exagerando la afirmación de Pascal de que "el corazón tiene también sus razones".

II

LOS ECONOMISTAS Y EL VALOR.

¿Qué nos dicen los Economistas cuando filosofan sobre la esencia del valor? Porque es evidente que porque sean Economistas no podemos negarles el derecho de filosofar.

Sus opiniones se pueden agrupar en gracia a la claridad en tres direcciones: corriente objetivista, corriente subjetivista y corriente objetivo-subjetiva.

a) CORRIENTE OBJETIVISTA.

Los escritores de Economía se distinguen de los que no lo son en que en sus investigaciones predominan las cuestiones de orden práctico sobre las de orden puramente especulativo y aunque filosofando siempre, se preocupan menos por los constitutivos de la esencia del valor, insisten menos en aquilar su origen, cuanto en llegar a encontrar un módulo, una medida, conveniente del mismo que facilite el fenómeno fundamental e importantísimo del cambio. Sin cambio no puede existir verdadera Economía y sin posibilidad de medir el valor de las cosas no puede haber cambio.

Por ello en la famosa obra "Investigación acerca del origen y causa de la riqueza de las Naciones", Adam Smith, el gran economista escocés, se dedica con perseverante esfuerzo a hallar un "metrón", una medida invariable del valor económico.

Va rechazando sucesivamente la moneda, el trigo, el trabajo, para llegar al costo de producción, sin aquietarse en ninguna porque todas le van resultando inadecuadas, porque todas varían. Variaba el poder adquisitivo de la moneda en sus días como varía también en los nuestros. El trabajo tampoco le sirve, porque su pretensión de que debe conservarse igual a sí mismo en todas las épocas el esfuerzo para producir algo, cae por los suelos al comprobar que cantidades iguales de trabajo suponen sacrificios desiguales y que lo que más vale no es siempre lo que ha costado más trabajo obtener. El trigo como medida de los valores no le da mejor resultado, pues su obtención no guarda una relación fija con el trabajo empleado en producirlo. Finalmente acude al costo como a un último recurso, a pesar de sus deficiencias.

La afirmación, dudosa en Adam Smith, pero explícita en David Ricardo, de que el trabajo no es sólo la medida sino también la causa del valor, fue recogida por Carlos Marx e incorporada a su famosa teoría de la Plus-valía, teoría que, maltrecha y todo, per-

3.—ROLDAN, Alejandro, S. J. "Metafísica del Sentimiento". Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1956.

dura aún en la literatura socialista ortodoxa de nuestros días. Como según él el trabajo acumulado en el objeto es la única causa del valor, de aquí que el obrero que lo pone es el único dueño del producto y se le quita algo que le pertenece al sustraer para otros una parte del valor del mismo.

Tanto Marx como Adam Smith y Ricardo pertenecen a la Escuela llamada Objetivista, porque suponen que el valor económico consiste en alguna cualidad que reside en los objetos con total independencia de la estima del hombre.

Es digno de notarse el empeño que pone Carlos Marx en hallar en las cosas que se cambian algún elemento común, que permita la realización del cambio sin pérdida para ninguna de las dos partes. Ese elemento común no es la utilidad que es diferente, por ejemplo, en unos zapatos y en un libro que yo quiero obtener a cambio. El solo elemento común que da origen a una valoración igual es el trabajo acumulado en ambos objetos, el trabajo cristalizado.

b) CORRIENTE SUBJETIVISTA.

La Escuela Subjetivista o Sicológica, iniciada ya por Malthus a comienzos del siglo XIX y seguida posteriormente por Juan Bautista Say, Bastiat y en general por todos los economistas liberales franceses, se coloca en una posición totalmente opuesta a la anterior.

Para ellos el valor económico no tiene realidad objetiva alguna, sino que es un mero producto de la mente humana. El hombre es quien con su estima da valor a los objetos sobre los que recae su juicio apreciativo. En este sentido se ha orientado también la moderna corriente marginalista, sin que hayan tenido éxito hasta ahora los esfuerzos desesperados que hace para salir del abismo de ese subjetivismo infecundo al que se lanzó alegramente desde sus comienzos.

Porque el Marginalismo se empeñó en reducir a número y medida las reacciones valoriales del individuo, fundándose en la hipótesis de que en el complejísimo proceso valorativo son las sensaciones las que influyen de modo preponderante y casi único. Midiendo estas sensaciones habremos medido el valor.

Pero se equivocó y su error fue doble: se equivocó al dar la exclusiva a las sensaciones y se equivocó al suponer que tales sensaciones pudieran medirse como se mide la temperatura o la longitud.

Todavía introdujeron los marginalistas otro elemento que complicó más el problema: contra todo el sentido común, que valora los bienes con independencia de la mayor o menor sensación grata que su uso "actual" le produzca, ellos afirmaron que el valor de un bien viene medido por la utilidad (leamos "satisfacción", que es para ellos lo mismo) de la última unidad del bien usado o utilizado por nosotros, a la cual llamaron "utilidad límite", "utilidad marginal" o "utilidad final". Así expusieron esta teoría a sus comienzos (y casi simultáneamente) tres economistas en naciones distintas: Stanley Jevons, Walras y Menger.

Según este principio, el valor de un bien viene medido por la utilidad de la última porción. Si ésta nos rinde una satisfacción mínima y la multiplicamos por el número de unidades obtendremos un valor, también muy reducido, para el conjunto del bien. Así intentaron explicar la famosa paradoja que (tomada de los griegos), preocupó a Adam Smith sobre el valor del agua y de los diamantes.⁴ El agua, a pesar de ser utilísima por sus preciosas cualidades que la hacen insustituible para muchos usos, tendrá muy poco valor, porque el último vaso apenas me proporciona utilidad alguna (léase de nuevo "satisfacción"). En cambio los diamantes mientras sigan siendo muy escasos tendrán mucho valor si el último de ellos me proporciona una gran satisfacción.

Menger llegó a establecer una Tabla de Valores, a modo de ejemplo que posteriormente copiaron Bóhm-Bawerk y otros autores. En ella se ordenaban las necesidades del sujeto según su importancia: el grupo I correspondía a la necesidad de alimento, el II al alojamiento, el III al vestido, el IV a los cuidados médicos, el V al ornato, el VI a las diversiones, etc.

4.—Adam Smith, "LA RIQUEZA DE LAS NACIONES". Trad. Lázaro. Madrid, Aguilar, 1956, Libro I, Cap. IV, pág. 28.

I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X
10	9	8	7	6	5	4	3	2	1
9	8	7	6	5	4	3	2		1
8	7	6	5	4	3	2			1
7	6	5	4	3	2				
6	5	4	3	2					
5	4	3	2						
4	3	2							
3	2	1							
2	1								
1									

En cada grupo la intensidad con que el sujeto "sentía" la necesidad venía dada por una cifra mayor o menor, algo así como los grados de fiebre del termómetro clínico. Esta fiebre utilitarista se suponía más ardorosa en los grupos primeros que en los últimos, de modo que la fiebre por el alimento podría llegar a la cifra 10, la de alojamiento tendría su máximo en 9, la de cubrirse con vestidos no pasaría de 8, etc. De este modo explicaban estos autores el modo de comportarse de un sujeto determinado, el cual después de una suculenta comida de varios platos prefiriera echar humo por boca y nariz con un aromático habano antes que ingerir un trozo de langosta que le amenazaba con la "desutilidad" de una indigestión. Los manómetros de intensidad mengerianos estarían marcando en ese momento tan sólo 3 grados en el grupo de alimentación, mientras que marcarían suponemos 5 en el grupo correspondiente a diversiones.

Es claro que hoy se hallan ya los Marginalistas contemporáneos a mucha distancia de estas afirmaciones candorosas. Hoy se habla de curvas de indiferencia, se ha introducido la utilidad marginal también para el dinero y se supone que el "homo oeconomicus" antes de gastar considera cuidadosamente las satisfacciones que le pueden dar los bienes obtenidos con su dinero, para hacer finalmente sus inversiones en aquellos bienes y en aquella proporción que le den una suma mayor de satisfacciones, teniendo en cuenta el carácter decreciente de la utilidad-satisfacción a medida que va haciendo uso del bien.

Es cierto también que los modernos marginalistas como Misses, Hayek o Lionel Robbins aparentan huir de un sujetivismo exagerado con sus concesiones al costo de producción en la determinación del valor. Pero aunque admitiéramos sin reservas (que es mucho admitir) su renuncia sincera a medir las decisiones humanas con el principio hedonístico como módulo único, todavía los seguidores de esta Escuela tienen por fuerza que conservar como algo esencial a la misma el dogma de que el valor de los bienes debe estar necesariamente en función de la satisfacción actual que experimenta el sujeto y variar con ella, principio funesto y que rompe toda posible estructuración de una verdadera teoría científica. En todo caso habría que decir del Marginalismo lo que del Protestantismo dijo el gran filósofo español Jaime Balmes: "varías, luego no tienes la verdad".

En resumen: hemos de admitir que esta Escuela se fija en un elemento realísimo en la formación del valor y que los Axiólogos han puesto de relieve con gran fuerza, elemento que el P. Alejandro Roldán, S. J., denomina en su "Metafísica del Sentimiento"⁵ el elemento "grato" y que para él constituye la clave que nos puede introducir en el misterio del valor. Pero, aunque las cargas afectivas, los sentimientos, son algo que influye extraordinariamente en nuestras decisiones personales, no hay que perder nunca de vista que estas no pueden llegar a constituir definitivamente el concepto de valor económico sino sumadas a otras muchas individuales y corregidas por ellas, de manera que la resultante llegue a constituir una verdadera apreciación "social". Lo individual solo, aislado, no cuenta en Economía.

* * *

Nos queda por exponer la doctrina de un tercer grupo de economistas: los pertenecientes a la Escuela Subjetiva-Objetiva. Ello constituirá el tema de un próximo artículo.

5.—ROLDAN, S. J., Alejandro. "METAFISICA DEL SENTIMIENTO". Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 1956.